

Dom Vital Lehodey

EL SANTO ABANDONO

(Resumido por el P. Gustavo Pascual, IVE)

1. Naturaleza del Santo Abandono	2
LA VOLUNTAD DE DIOS, REGLA SUPREMA	2
LA VOLUNTAD DIVINA SIGNIFICADA Y LA VOLUNTAD DE BENEPLACITO	2
OBEDIENCIA A LA VOLUNTAD DE DIOS SIGNIFICADA.....	3
CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE BENEPLÁCITO	4
NOCIÓN DEL ABANDONO.....	5
ABANDONO Y PRUDENCIA	7
LOS DESEOS Y PETICIONES EN EL ABANDONO.....	7
LOS ESFUERZOS EN EL ABANDONO	8
LA SENSACIÓN DEL SUFRIMIENTO EN EL ABANDONO	9
EL ABANDONO Y EL VOTO DE VÍCTIMA	10
2. Fundamentos del Santo Abandono	10
EL DESASIMIENTO	11
LA FE EN LA PROVIDENCIA	11
CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA	12
AMOR DE DIOS	14
AMOR DE NUESTRO SEÑOR.....	14
EL EJEMPLO DE NUESTRO SEÑOR.....	15
3. Ejercicio del Santo Abandono	16
OBJETO DEL ABANDONO EN GENERAL.....	16
EL ABANDONO EN LAS COSAS TEMPORALES, EN GENERAL.....	16
EL ABANDONO EN LOS BIENES Y EN LOS MALES EXTERIORES	17
EL ABANDONO EN LOS BIENES NATURALES DEL CUERPO Y DEL ESPÍRITU	19
EL ABANDONO EN LOS BIENES DE OPINIÓN	23

DEL ABANDONO EN LOS BIENES ESENCIALES ESPIRITUALES.....	25
EL ABANDONO EN LAS VARIEDADES ESPIRITUALES DE LA VIDA ORDINARIA	27
LOS FRACASOS Y LAS FALTAS	28
LAS PRUEBAS INTERIORES EN GENERAL.....	30
LAS TENTACIONES.....	31
LOS CONSUELOS Y LAS ARIDECES	32
LAS TINIEBLAS, LA INSENSIBILIDAD, ETC.....	33
PAZ, TEMORES Y ESCRÚPULOS	35
EL ABANDONO EN LAS VARIEDADES ESPIRITUALES DE LA VÍA MÍSTICA	40
4. Excelencias y frutos del Santo Abandono	42
EXCELENCIA DEL SANTO ABANDONO	42
FRUTOS DEL SANTO ABANDONO.....	44

1. Naturaleza del Santo Abandono

LA VOLUNTAD DE DIOS, REGLA SUPREMA

La voluntad divina, tomada en general, constituye la regla suprema del bien, la única regla de lo justo y lo perfecto y la medida de su cumplimiento es también la medida de nuestro progreso.

Si quieres subir hasta la cumbre de la perfección cumple la voluntad de Dios cada día más y mejor. Te irás elevando a medida que tu obediencia venga a ser más universal en su objetivo, más exacta en su ejecución, más sobrenatural en sus motivos, más perfecta en las disposiciones de tu voluntad. Consulta los libros santos, pregunta a la vida y a la doctrina de nuestro Señor y verás que no se pide sino la fe que se afirma con las obras, el amor que guarda fielmente la palabra de Dios. Seremos perfectos en la medida que hagamos la voluntad de Dios.

LA VOLUNTAD DIVINA SIGNIFICADA Y LA VOLUNTAD DE BENEPLACITO

La **voluntad divina** se muestra para nosotros reguladora y operadora. Como reguladora, es la regla suprema del bien, significada de diversas maneras; y que debemos seguir por la razón de que todo lo que ella quiere es bueno, y porque nada puede ser bueno sino lo que ella quiere. Como operadora, es el principio universal del ser, de la vida, de la acción; todo se hace como quiere, y no sucede cosa que no quiera, ni hay efecto que no venga de esta primera causa, ni movimiento que no se remonte a este primer motor, ni por tanto hay acontecimiento, pequeño o grande, que no nos revele una voluntad del divino beneplácito. A esta voluntad es deber nuestro someternos, ya que Dios tiene absoluto derecho de disponer de nosotros como le parece. Dios nos hace, pues, conocer su voluntad por las reglas que nos ha señalado o por los acontecimientos que nos envía. He ahí la voluntad de Dios significada y su voluntad de beneplácito.

Voluntad significada porque nos ha significado y manifestado cuanto Dios quiere y se propone que creamos, esperemos, temamos, amemos y practiquemos. La conformidad de nuestro corazón con la voluntad significada consiste en que queramos todo cuanto la divina Bondad nos manifiesta ser de su intención. Abraza cuatro partes, que son: los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, los consejos, las inspiraciones, las Reglas y las Constituciones.

Voluntad de beneplácito, la que hemos de considerar en todos los acontecimientos, quiero decir, en todo lo que nos sucede; en la enfermedad y en la muerte, en la aflicción y en la consolación, en la adversidad y en la prosperidad, en una palabra, en todas las cosas que no son previstas.

OBEDIENCIA A LA VOLUNTAD DE DIOS SIGNIFICADA

La voluntad de Dios significada entraña, en primer lugar, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y nuestros deberes de estado. Estos deben ser, ante todo, el objeto de nuestra continua y vigilante fidelidad, pues son la base de la vida espiritual. Si se quitan se desploma todo el edificio. Santo Tomás enseña que la perfección consiste, ante todo, en el fiel cumplimiento de la ley. Por otra parte, Dios no podría aceptar favorablemente nuestras obras

supererogatorias, ejecutadas con detrimento del deber, es decir, sustituyendo su voluntad por la nuestra.

La voluntad significada abraza, en segundo lugar, los consejos. Cuanto más los sigamos en conformidad con nuestra vocación y nuestra condición, más semejantes nos harán a nuestro divino Maestro

La voluntad significada abraza por último las inspiraciones de la gracia.

Guardar con fidelidad la voluntad significada es nuestro medio ordinario de reprimir la naturaleza y cultivar las virtudes; porque la naturaleza nunca muere y nuestras virtudes pueden acrecentarse sin cesar.

Para un religioso sus votos, sus Reglas y la acción de los Superiores constituyen la principal expresión de la voluntad significada, el deber de toda la vida y el camino de la santidad.

La obediencia a la voluntad de Dios significada es, por consiguiente, el medio normal para llegar a la perfección.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE BENEPLÁCITO

Al reservar el nombre de obediencia para indicar el cumplimiento de la voluntad significada, y el de la conformidad para indicar la sumisión al beneplácito divino, hemos creído seguir el uso más generalizado.

Como todas las demás virtudes, la conformidad con la Providencia o la sumisión al beneplácito de Dios abarca muchos grados de perfección, ya se mire la acción más o menos generosa de la voluntad, ya se considere el motivo más o menos elevado de esta adhesión.

Tomando por base de esta clasificación la generosidad con que adaptamos nuestro querer al de Dios, el P. Rodríguez reduce estos grados a tres:

“**El primero** es cuando las cosas de pena que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye, pero quiere sufrirlas antes que hacer cosa alguna de pecado por huirlas. Este es el grado más ínfimo y de precepto; de manera que aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que le suceden, y aunque gima cuando está enfermo y dé gritos con la vehemencia de los dolores y

aunque llore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios.

El segundo grado es cuando el hombre, aunque no desea los males que le suceden, ni los elige, pero después de venidos los acepta de buena gana por ser aquélla la voluntad y el beneplácito de Dios: de manera que añade este grado al primero, tener alguna buena voluntad y algún amor a la pena por Dios, y el quererla sufrir no solamente mientras está de precepto obligado a sufrirla, sino también mientras el sufrirla fuera más agradable a Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia; este segundo añade el llevarlas con prontitud y facilidad.

El tercero es cuando el siervo de Dios, por el gran amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envía, sino los desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquélla la voluntad de Dios”.

¿Qué lugar ocupa el Santo Abandono entre los mencionados grados de espiritual conformidad? Indudablemente, el más encumbrado, y eso ya se mire a la generosidad de la sumisión, ya al móvil de la misma.

NOCIÓN DEL ABANDONO

“Abandonar nuestra alma y dejarnos a nosotros mismos -dice San Francisco de Sales-, no es otra cosa que despojarnos de nuestra propia voluntad para dársela a Dios”. En este movimiento de amor, que es el acto mismo del abandono, hay, por consiguiente, un punto de partida y otro de término; porque es preciso que la voluntad salga de sí misma para entregarse toda a Dios. Se sigue, pues, que el abandono contiene dos elementos que hemos de estudiar: la santa indiferencia y el entregamiento completo de nuestra voluntad en manos de la Providencia; el primero es condición necesaria, y elemento constitutivo el segundo.

Sin **la santa indiferencia** el abandono resultará imposible.

¿Se pondrá, un alma, en manos de Dios, como un niño en los brazos de su madre, dispuesta a todas sus determinaciones, aun las más mortificantes, si no ha adquirido la firmeza que da el espíritu de sacrificio, si no ha disciplinado las pasiones, si no se ha vuelto indiferente a todo lo que no es Dios y su voluntad santísima? La voluntad humana debe, pues, ante todo acostumbrarse y disponerse

(cosa que generalmente no conseguirá sin paciencia y prolongado trabajo) a sentir privaciones y soportar quebrantos, a no hacer caso del placer ni del dolor; en una palabra, debe aprender lo que los santos llamaban perfecto desasimiento y santa indiferencia.

Esta indiferencia no es insensibilidad enfermiza, ni cobarde y perezosa apatía, ni mucho menos el orgulloso desdén estoico que decía al dolor: “Tú no eres sino una vana palabra”. Es la energía singular de una voluntad que, vivamente esclarecida por la razón y la fe, desprendida de todas las cosas, dueña por completo de sí misma, en la plenitud de su libre albedrío, aún todas sus fuerzas para concentrarlas en Dios y en su santísima voluntad: merced a esta apreciación, ya de ninguna criatura se deja mover por atractiva o repulsiva que se la suponga, fija siempre en conservarse pronta a cualquier acontecimiento, lo mismo a obrar que a estar parada, esperando que la Providencia declare su beneplácito.

Por lo mismo que el alma se halla así dispuesta, toda manifestación de la voluntad divina, cualquiera que fuere, la encuentra libre y se la apropia como terreno que a nadie pertenece. Todo le parece igualmente bueno.

El entregamiento completo, es decir, la entrega amorosa, confiada y filial es elemento positivo del abandono y su principio constitutivo. Para precisar bien su significado y extensión, se han de considerar dos momentos psicológicos, según que los hechos estén aún por suceder o hayan sucedido.

Antes de suceder, con previsión o sin ella, esa entrega es, según la doctrina de San Francisco de Sales, “una simple y general espera”, una disposición filial para recibir cuanto quiera Dios enviar, con la dulce tranquilidad de un niño en los brazos de su madre. La actitud preferida de un alma indiferente a las cosas de aquí abajo, plenamente desconfiada de su propio parecer y amorosamente confiada en Dios solo, es, según la doctrina del mismo santo Doctor, “no entretenerse en desear y querer las cosas (cuya decisión se ha reservado Dios para sí), sino dejarle que las quiera y las haga por nosotros conforme le agradare”.

Después de suceder los hechos y cuando ya han declarado el beneplácito divino, “está simple espera se convierte en consentimiento o aquiescencia”. “Desde el momento en que una cosa se le presenta así divinamente esclarecida y consagrada, el alma se

entrega con celo y con pasión se adhiere a ella. Su docilidad es activa y su indiferencia amorosa. No es para Dios más que un sí viviente. Cada suspiro que exhala y cada paso que da es un amén ardiente que va a juntarse con aquel otro amén del cielo con el cual concuerda”.

ABANDONO Y PRUDENCIA

Por perfectas que sean nuestra confianza en Dios y nuestra total entrega en manos de la Providencia para cuanto sea de su agrado jamás quedaremos dispensados de seguir las reglas de la prudencia. La práctica de esta virtud, natural y sobrenatural, pertenece a la voluntad significada: es ley estable y de todos los días. Dios quiere ayudarnos, pero a condición de que hagamos lo que de nosotros depende. A todos predica Nuestro Señor la confianza, pero a nadie autoriza la improvisación y la pereza.

El abandono no dispensa, pues, de la prudencia, pero destierra la inquietud. Nuestro Señor condena con insistencia la solicitud exagerada.

LOS DESEOS Y PETICIONES EN EL ABANDONO

Dice San Alfonso: “Cuando las enfermedades nos aflijan con toda su agudeza, no será falta darlas a conocer a nuestros amigos, ni aun pedir al Señor que nos libre de ellas. No hablo sino de los grandes padecimientos”. La misma doctrina enseña a propósito de las arideces y de las tentaciones.

San Francisco de Sales señala, sin embargo, una excepción para no pedir: “Si el beneplácito divino nos fuera declarado antes de su realización como lo fue a San Pedro el género de su muerte, a San Pablo las cadenas y la cárcel, a Jeremías la destrucción de su amada Jerusalén, a David la muerte de su hijo; en tal caso deberíamos unir al instante nuestra voluntad a la de Dios”. Esto en la suposición de que el beneplácito divino aparezca absoluto e irrevocable; de no ser así, conservamos el derecho de formular deseos y peticiones.

“Nada desear, nada pedir, nada rehusar” (San Francisco de Sales). No se refiere a la práctica de las virtudes sino que la aplica con especial insistencia a los cargos y empleos de la Comunidad, sin dejar de proponerla también para el tiempo de enfermedad, de consolación, de aflicción, de contrariedad, en una palabra, para todas las cosas de la tierra y todas las disposiciones de la Providencia.

En resumen, para cuanto se refiere al beneplácito de Dios, en tanto su voluntad no parezca absoluta e irrevocable, podemos formular deseos y peticiones, por más que a ello no estemos obligados aunque es más perfecto entregarse en todo esto a la Providencia. Existen, sin embargo, casos en que sería obligatorio solicitar el fin de una prueba, por ejemplo, si para ello se recibe la orden del superior. Si viera uno que desmaya por falta de fuerzas y de ánimos, le bastaría orar en esta forma: Dios mío, dignate aliviar la carga o aumentar mis fuerzas; aleja la tentación o concédeme la gracia de vencerla.

LOS ESFUERZOS EN EL ABANDONO

Sería craso error práctico considerar el abandono como una virtud puramente pasiva y creer que el alma no ha de hacer otra cosa que echarse a dormir en los brazos divinos que la llevan.

Dios nos ha dotado del libre albedrío y no quiere santificarnos sin nosotros. Por lo que de tal suerte templará su acción que nuestros progresos sean justamente obra de su gracia y de nuestra libre cooperación. Según esto, en los sucesos que declaran el divino beneplácito, la intervención de Dios se limitará de ordinario a tomarnos de su mano soberana y a colocarnos en la situación que El mismo nos haya deparado, sin consultar para nada nuestras pretensiones y gustos y aun contrariándolos no pocas veces; nos pondrá en la salud o en la enfermedad, en consuelos o en penas interiores, en la paz o en el combate, en la calma o en la agitación, etc. Habrá veces en que para dicha o desdicha nuestra nosotros mismos nos habremos ido preparando estos estados, y muchísimas otras ninguna parte tendremos en ello; mas como quiera que fuere, lo cierto es que Dios es quien dispone de nosotros y que por lo mismo, una vez puestos en tales situaciones, habrá que cumplir con nuestro deber contando con la gracia de Dios; deber, por cierto, bien complejo.

Lejos, pues, de una pura pasividad, en que Dios lo haría todo y el alma se limitaría a recibir. Por poco que se haya entendido la economía del plan divino y por poca experiencia que se tenga de las almas, se ha de convenir en que el abandono no es una espera ociosa, ni un olvido de la prudencia, ni una perezosa inercia. El alma conserva en él plena actividad para cuanto se refiere a la voluntad de

Dios significada; y en cuanto a los acontecimientos que dependen del divino beneplácito, prevé todo cuanto puede prever, hace cuánto de ella depende. Mas, en los cuidados que ella toma, se conforma con la voluntad de Dios, se adapta a los movimientos de la gracia, obra bajo la dependencia y sumisión a la Providencia. Siendo Dios dueño de conceder el éxito o de rehusarlo, el alma acepta previa y amorosamente cuanto El decida, y por lo mismo se mantiene gozosa y tranquila antes y después del suceso. Fuera, pues, la indolente pasividad de los quietistas, que desdeña los esfuerzos metódicos, aminora el espíritu de iniciativa y debilita la santa energía del alma.

LA SENSACIÓN DEL SUFRIMIENTO EN EL ABANDONO

Asimismo decía el piadoso Obispo de Ginebra a sus hijas: “No reparemos en lo que sentimos o dejamos de sentir, como tampoco creamos que en lo tocante a las virtudes de indiferencia y abandono no vamos a tener nunca deseos contrarios a los de la voluntad de Dios o que nuestra naturaleza jamás va a experimentar repugnancias en los sucesos del divino beneplácito; porque es cosa que muy bien pudiera acontecer. Dichas virtudes tienen su asiento en la región superior del alma y por lo regular, nada entiende en ellas la inferior; por lo que no hay que andarse en contemplaciones, y sin atender a lo que quiere hemos de abrazarnos y unirnos a la voluntad divina, mal que nos pese”.

Muy consolador es pensar que Jesús, el Dios Fuerte, ha pasado por todas nuestras debilidades, que ha temblado a la vista de ese cáliz amargo que en otro tiempo había deseado con tanto ardor. Siempre habrá horas de turbación, entonces diremos también nosotros: me esforzaré por imitar la generosidad de Nuestro Señor.

Nuestro Señor nos ofrece en la oración en Getsemaní tres preciosas enseñanzas:

1ª No es falta, ni siquiera imperfección, experimentar el sentimiento del padecer, el tedio, las repugnancias y los disgustos, con tal que no cesemos de decir con voluntad resuelta: Que se haga, no como yo quiera, sino como Tú quieres.

2ª No es falta ni siquiera imperfección quejarse a Dios con amorosa sumisión, a la manera que un niño lastimado se refugia junto a su madre y le muestra su herida y su pena. El amor permite quejarse y decir todas las lamentaciones de Job y de Jeremías, más a

condición de que la santa aquiescencia se conserve siempre en el fondo del alma, en la parte superior del alma.

3ª No es falta, ni siquiera imperfección, pedir a Dios en las grandes pruebas que, si es posible, aleje de nosotros el cáliz del sufrimiento y hasta pedirselo con cierta insistencia, puesto que lo ha hecho Nuestro Señor; mas, después que hayamos suplicado al Padre que nos consuele, si a Él no le place hacerlo, dirijamos nuestros esfuerzos a realizar la obra de nuestra salvación sobre la cruz, como si jamás hubiéramos de descender de ella.

EL ABANDONO Y EL VOTO DE VÍCTIMA

El fundamento de esta ofrenda es la Comunión de los Santos, especialmente la reversibilidad de las satisfacciones del justo en provecho del culpable. Es también el misterio de la redención por medio del sufrimiento, pues habiendo escogido Nuestro Señor este camino para salvar al mundo, continúa escogiéndolo para hacer llegar a nosotros el precio de su Sangre. Por su infinita bondad, se digna de asociar almas escogidas a su obra de salvación, y no pudiendo sufrir en su humanidad glorificada, se asocia, valga la palabra, *humanidades de añadidura*, en las cuales pueda continuar salvando a las almas por el sufrimiento.

Las almas avanzadas se dirigen como por instinto hacia el abandono, y a todos se puede aconsejar practicarle en espíritu de víctimas. Lo mismo sucede con la obediencia de cada día y la mortificación voluntaria. Esta intención en nada recarga nuestras obligaciones, sino que hace circular por ellas una nueva savia de amor puro que aumenta su mérito y su fecundidad.

Las almas que desean vivir en espíritu de víctimas no tienen necesidad, generalmente hablando, de solicitar el sufrimiento, pues no dejarán de encontrarlo en la vida interior, las obligaciones diarias, la mortificación voluntaria y las disposiciones de la Providencia. Este camino modesto no tiene el brillo del voto de víctima, pero el espíritu de sacrificio halla en él abundante alimento, mientras que la prudencia y la humildad se encuentran quizá allí con mayor seguridad.

2. Fundamentos del Santo Abandono

EL DESASIMIENTO

La condición previa de una perfecta conformidad es el perfecto desasimiento. Porque si nuestra voluntad tiene intensas aficiones, si se encuentra apegada y como clavada, no se dejará cautivar cuando sea preciso hacerlo para unirla a la de Dios. Por poco apegada que esté, pondrá resistencia, habrá violencias y desgarramientos inevitables y estaremos muy distanciados de una conformidad pronta y fácil, y más distanciados aún del perfecto abandono.

El que desea llegar al Santo Abandono ha de tener, pues, en grande aprecio la mortificación cristiana, cualquiera que sea su nombre: abnegación, renuncia, espíritu de sacrificio, amor de la cruz. En esto deberá ejercitarse lo más que pueda con perseverancia infatigable, a fin de llegar por este medio al perfecto desasimiento y conservarse en él para siempre.

Más, entre todas las formas de renunciamiento, hay que señalar dos de las más difíciles, a la vez que de las más indispensables: la obediencia y la humildad.

LA FE EN LA PROVIDENCIA

«El justo vive de la fe», y para elevarse hasta el Santo Abandono, es necesario que esté penetrado de una fe viva y arraigada. Ahora bien, la fe se clarifica en la medida que el hombre se purifica y crece en virtud.

Nada sucede en este mundo sin orden o permisión de Dios; todo cuanto existe ha sido creado por El, y todo lo creado lo conserva y gobierna enderezándolo hacia su fin.

Más si la Providencia combina por sí misma sus designios sobre mí, confía su ejecución, por lo menos en gran parte, a las causas segundas.

Nuestro Padre celestial es en verdad un Dios escondido. Al modo que ha velado su palabra bajo la letra de las Sagradas Escrituras y que Jesucristo oculta su presencia bajo las especies eucarísticas, así Dios, queriendo permanecer invisible para proporcionarnos el mérito de creer, nos oculta su acción bajo las criaturas.

Mediante una fe viva, se miran las criaturas no en sí mismas, sino en la causa primera de la que reciben toda su acción; se adivina cómo Dios las ordena, las mezcla, las reúne, las pone, las empuja hacia el mismo fin por opuestos caminos. Se entrevé al Espíritu Santo sirviéndose de los hombres y de las cosas para escribir en las almas un Evangelio viviente. Este libro no será del todo comprendido sino en el gran día de la eternidad, lo que nos parece tan confuso, tan ininteligible, nos maravillará entonces.

Cuando quiere castigar a los culpables, escoge los instrumentos que bien le parecen, los hombres o los demonios. Para probar a los justos y a los santos, Dios emplea la malicia del demonio y la perversidad de los malvados. En la Pasión del Salvador, los judíos que le acusan, Judas que le entrega, Pilatos que le condena, los verdugos que le atormentan, los demonios que excitan a todos estos desgraciados, son desde luego la causa inmediata de este terrible crimen. Mas, sin ellos sospecharlo, es Dios quien ha combinado todo, no siendo ellos sino los ejecutores de sus designios.

Dios, por tanto, no ha prestado su concurso sino a lo material del acto. No hay cooperación al pecado, considerado como tal; lo ha permitido en cuanto que no lo ha impedido por medio de la violencia, sin que esta permisión sea una autorización, pues El detesta la falta y se reserva el castigarla en tiempo oportuno. Más entretanto, cabe en sus designios hacer servir el mal para el bien de sus elegidos, utilizando para esto la debilidad y la malicia de los hombres, sus faltas hasta las más repugnantes.

Así, pues, la fe en la Providencia exige que en cualquier ocasión el alma se remonte hacia Dios.

CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA

¿Quién es aquel que vela sobre nosotros con amor y que dispone de nosotros por su Providencia? Es el Dios bueno. Es bueno de manera tal, que es la bondad por esencia y la caridad misma, y, en este sentido, “nadie es bueno sino Dios”. Este Dios tan bueno es “nuestro Padre que está en los cielos”. Para ganarse nuestra confianza y nuestro afecto, no cesa de recordarnos en los libros santos, que Él es nuestro Padre y el Dios de las misericordias.

Es nuestro Redentor, que vela sobre nosotros; es más que un hermano, más que un amigo incomparable, es el médico de nuestras

almas, nuestro Salvador por voluntad propia. Ha venido a “salvar el mundo de sus pecados”, curar las dolencias espirituales, traernos “la vida y una vida más abundante”.

Siendo como es bueno y santo, no obra sobre nosotros sino con los fines más nobles y beneficiosos. Su objeto es y será indefectiblemente uno: la gloria de Dios. Y no hemos de lamentarnos por esto, pues esta gloria no es otra cosa que la alegría de darnos la eterna felicidad. Su voluntad la santificación de las almas.

No existe un solo segundo en que, en un punto cualquiera del universo, se le pueda sorprender ocupado en otra cosa. He aquí la razón de todos estos acontecimientos grandes y pequeños que agitan en diversos sentidos las naciones, las familias, la vida privada.

Bien es verdad que dispone de los seres racionales respetando su libre albedrío. Pueden, pues, oponer su voluntad a la suya, y parece que la tienen en jaque. Mas en realidad, la resistencia de unos y la obediencia de otros le son conocidas desde toda la eternidad, y las tuvo en cuenta al determinar sus planes; halla en los recursos infinitos de su omnipotente Sabiduría la mayor facilidad para cambiar los obstáculos en medios, a fin de hacer servir a nuestro bien las maquinaciones que el infierno y los hombres traman para perdersos.

En resumen, jamás pongamos en duda el amor de Dios para con nosotros. Creamos sin titubear en la sabiduría, en el poder de nuestro Padre que está en los cielos. Por numerosas que sean las dificultades, por amenazadores que puedan presentarse los acontecimientos, oremos, hagamos lo que la Providencia exige, aceptemos de antemano la prueba si Dios la quiere, abandonémonos confiados a nuestro buen Maestro, y con tal conducta, todo, absolutamente todo, se convertirá en bien de nuestra alma. El obstáculo de los obstáculos, el único que puede hacer fracasar los amorosos designios de Dios sobre nosotros, sería nuestra falta de confianza y de sumisión, porque Él no quiere violentar nuestra voluntad. Si nosotros por nuestra resistencia hacemos fracasar sus planes de misericordia, suya será en todo caso la última palabra en el tiempo de su justicia, y finalmente hallará su gloria. En cuanto a nosotros, habremos perdido ese acrecentamiento de bien que El deseaba hacernos.

AMOR DE DIOS

Siendo el Santo Abandono la conformidad perfecta, amorosa y filial, no puede ser efecto sino de la caridad; es su fruto natural, de suerte que un alma que ha llegado a vivir del amor, vivirá también del abandono. Propio es del amor, en efecto, unir al hombre estrechamente con Dios, la voluntad humana al beneplácito divino.

El amor dispone al abandono por un perfecto desasimiento. “Tal es la fuerza del amor cuando es perfecto -dice Santa Teresa-; llega a olvidar toda ventaja y todo placer personal, para no pensar sino en satisfacer a Aquel que se ama”.

El amor dispone al abandono haciendo la fe más viva y la confianza inquebrantable. El amor perfecto es el padre del perfecto abandono.

La unión de corazones entre el alma y Dios produce la unión de voluntades. Desde que está poseído de un profundo afecto hacia Dios y se ha entregado a El sin reserva ni división, poseyendo nuestro corazón, se adueña también de nuestra voluntad, tanto que nada podríamos negarle.

En el cielo se gusta la unión con Dios en las alegrías del amor beatífico. Aquí abajo se le encuentra más frecuentemente sobre el Calvario. Dios mostró en un éxtasis a Santa Juana de Chantal que “padecer por Él es pasto de su amor en la tierra, como gozar de Él lo es en el cielo”.

Es porque el amor, en efecto, no vive tan sólo de lo que recibe; vive aún más de lo que da; su mejor alimento será siempre el sacrificio. El alma se une a Dios en la medida en que sabe abnegarse por El; la unión de corazón y de voluntad, cimentada por el hábito del sacrificio, será siempre la más sólida, y por decirlo así, inquebrantable. El dolor es, pues, el alimento necesario del santo amor y por cierto muy sustancial.

Más el amor dulcifica el padecimiento, y hasta lo busca y desea.

Finalmente, el amor justifica la Providencia y la aprueba en todos sus caminos.

AMOR DE NUESTRO SEÑOR

En este camino del amor y del abandono, Nuestro Señor Jesucristo posee singular atractivo para cautivar las voluntades y

arrebatan los corazones. Nada antepongan a Nuestro Señor en sus devociones. La práctica más recomendada por los Maestros de piedad es la de seguirle principalmente al Calvario y al altar. En cualquiera de sus misterios hay todo lo que se precisa para satisfacer las aspiraciones y las necesidades más variadas; es siempre la víctima voluntaria que se dirige al sacrificio, el Esposo que nos invita al sufrimiento, su vida entera no ha sido sino cruz y martirio.

La Pasión es el atractivo más general; éste fue el de Nuestro Padre San Bernardo. “Estoy persuadido de que la sabiduría consiste en meditar estas cosas; y en esto he cifrado la perfección de la justicia, la plenitud de la ciencia, las riquezas de la salvación, la abundancia de los méritos. De ahí me viene la suave unción de la consolación. Esto es lo que me levanta en la adversidad, lo que me sostiene en la prosperidad, lo que en las alegrías y tristezas de la vida me conduce con seguridad por el camino real, y lo que aparta los males que de una y otra parte me amenazan... Por esto, tengo con frecuencia estas cosas en mi boca, y vosotros lo sabéis; Dios sabe que las tengo siempre en mi corazón, es evidente que de ellas están llenos mis escritos. No hay para mí más sublime filosofía aquí abajo que la de conocer a Jesús y a Jesús Crucificado”.

EL EJEMPLO DE NUESTRO SEÑOR

A un alma que se sienta prendada del amor de Dios, nada la lleva tanto al abandono como el ejemplo de su amado Maestro. El agrada soberanamente al alma, y ella a su vez quiere únicamente agradarle, y por lo mismo se esfuerza en imitarle en todas las cosas. Ahora bien, su vida entera no ha sido sino obediencia y abandono. “He aquí que vengo para hacer vuestra voluntad”.

Esta es su labor, como El muy bien lo sabe, pues sus ojos apenas abiertos ya lo han visto todo y su corazón lo ha abrazado inmediatamente. Quiere cumplir todo, hasta la última tilde, y lo quiere sinceramente y con un querer lleno de amor y de eficacia. Mas quiere todo esto, por ser tal la eterna voluntad de su Padre y sólo esta voluntad le conmueve y le decide. Viendo todo lo demás, se fija, sin embargo, en esto sólo.

Amor filial, y al mismo tiempo amor de niño. Si pudiéramos seguir la vida de Nuestro Señor Jesucristo hasta en sus mismos actos,

hallaríamos por todas partes el amor, la confianza, la docilidad, el abandono infantil de un niño.

3. Ejercicio del Santo Abandono

OBJETO DEL ABANDONO EN GENERAL

En lo que atañe al beneplácito divino, esta indiferencia se extiende al pasado, al presente, al porvenir; al cuerpo y a todos sus estados, al alma y a todas sus miserias y cualidades, a los bienes y a los males, a las vicisitudes del mundo material y a las revoluciones del mundo moral, a la vida y a la muerte, al tiempo y a la eternidad. Mas Dios modifica su acción en conformidad con los sujetos: Si se trata de los mundanos, les priva de los honores, de los bienes temporales y de las delicias de la vida. Si se trata de los sabios, permite que sea rebajada su erudición, su espíritu, su ciencia, su literatura. En cuanto a los santos, les aflige en lo tocante a su vida espiritual y al ejercicio de las virtudes.

En lugar de alimentarnos de quimeras, permanezcamos en nuestro abandono, poniendo todo nuestro cuidado en santificar plenamente la prueba real, o sea, la del momento presente. Sería una ilusión muy perjudicial despreciar o tener en poco nuestras cruces diarias, porque son pequeñas.

EL ABANDONO EN LAS COSAS TEMPORALES, EN GENERAL

Las cosas de aquí abajo se deben apreciar a la luz de la eternidad.

El soberano Bien, el único necesario, es Dios, y por consiguiente, según enseña Santo Tomás, los bienes principales supremos para nosotros son la bienaventuranza y lo que nos la ha hecho merecer. No cabe abuso en estos bienes, ni pueden tener mal fin.

No son, pues, los bienes temporales principales y definitivos, sino secundarios y pasajeros, socorros que nos ayudan a caminar hacia la bienaventuranza, en cuanto que conservan la vida temporal y nos sirven de instrumentos para practicar la virtud. La comida, la bebida, el vestido, son cosas de primera necesidad, y respecto a ellas

Nuestro Señor no condena en manera alguna el cuidado moderado que induce al trabajo, pero destierra la solicitud excesiva que va hasta la inquietud; termina diciéndonos que busquemos ante todo los bienes espirituales, con la firme seguridad de que los bienes temporales nos serán dados por añadidura y conforme a la necesidad, si es que hacemos lo que está de nuestra parte.

También los males temporales es preciso considerarlos con los ojos de la fe y a la luz de la eternidad. El pecado, y sobre todo la muerte en el pecado, con su eterna sanción que es el naufragio de nuestro destino y el desastre irremediable, es el mal de los males. Debemos pedir a Dios con insistencia y de una manera absoluta que nos preserve de él a todo trance. Más la pobreza, los achaques, las enfermedades, las demás aflicciones de este género, la muerte misma no son sino males relativos. En los designios de la Providencia así hemos de considerarlos, o por mejor decir, como gracias preciosas y a veces harto necesarias, como el pago de nuestras faltas, remedio de nuestras enfermedades espirituales, origen de grandes virtudes y de méritos sin cuento, siempre que nosotros cooperemos a la acción de Dios con humilde sumisión. Por el contrario, la impaciencia y la falta de fe en la prueba convertirían el remedio en ponzoña, nos harían contraer la enfermedad, la muerte quizá allí donde la Providencia nos había preparado la vida. Siendo esto cierto, tenemos perfecto derecho a rogar a Dios que nos libre del mal, que aleje de nosotros la guerra, la peste, el hambre, y demás calamidades públicas o privadas.

Los bienes y los males temporales no son, pues, sino bienes o males relativos. De unos y de otros puede hacerse el uso más acertado o el más desgraciado abuso.

EL ABANDONO EN LOS BIENES Y EN LOS MALES EXTERIORES

¿Querrá Dios para nosotros **prosperidad o adversidad**? ¿Tendrá intención de retenernos mucho tiempo sobre la cruz? Nada sabemos, y, por consiguiente, el partido más acertado es establecernos en la santa indiferencia, esperar en paz el divino beneplácito aceptado con amorosa confianza, y sacar de él todo el provecho posible.

Con harta frecuencia el estado de prosperidad habitual es un lazo, y recordando que ella no ha sonreído de esta manera a Nuestro

Señor y a los santos, el verdadero espiritual concluirá por inquietarse y deseará no gozar tanto de este mundo; sólo una cosa le dará seguridad: estar en manos de Dios y sentirse bajo su mirada.

La adversidad nos abre un camino más seguro. Dios, que es amigo constante y solícito, nos quita la prosperidad que nos perjudicaría, emplea la espada de la adversidad para cortar los afectos rivales de su santo amor; unas veces por la privación, otras por el sufrimiento nos aparta más pronto y seguramente del placer, arranca nuestro espíritu y corazón de esta tierra y los atrae hacia las riberas eternas. Es la mejor escuela del desasimiento, y también un purgatorio anticipado menos terrible que el de la otra vida, efficacísimo, sin embargo; porque Dios no castigará dos veces la misma falta.

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios en las **calamidades públicas**, tales como la guerra, la peste, el hambre, y todos los azotes de la divina Justicia. Otro tanto es preciso hacer cuando la desgracia viene a caer sobre nosotros personalmente o sobre los nuestros. El gran secreto para conseguirlo, es mirar todas las cosas con los ojos de la fe, adorar los juicios del Altísimo con corazón contrito y humillado, y sean cualesquiera los azotes que nos hieran, persuadirnos bien de que la Providencia, infinitamente sabia y paternal, no se determinaría a enviarlos ni a permitirlos, si no fueran en sus manos los instrumentos de renovación y de salvación para los pueblos o para las almas.

¿Cómo portarnos en medio de las calamidades? Humillarnos bajo la poderosa mano de Dios y abandonarnos a su Providencia con sumisión filial. Cumplir nuestros deberes del mejor modo posible y sacrificarnos por el bien común. Orar, ante todo orar y siempre orar.

Casi idéntica ha de ser nuestra manera de conducirnos cuando la calamidad venga a descargar sobre nosotros, sobre nuestras familias o sobre nuestra Comunidad. Trataremos de no ver a ella sino a Dios, y a Dios paternalmente ocupado en el bien de las almas.

Dios puede conducirnos a la santidad por un camino de **riquezas o de pobreza**. Es preciso, pues, ejercitarse en el santo abandono, porque de una parte, para evitar la miseria y llegar a la fortuna, no bastarán el trabajo, el espíritu de orden y economía, ni la misma virtud. Dios continúa Dueño de sus bienes, los da o los rehúsa

según le place. Por otra parte, ¿sabríamos nosotros santificar la miseria, o hacer buen uso de las riquezas? No lo sabemos; sólo Dios pudiera decirlo. Lo mejor será, pues, ponernos en sus manos.

Que Dios nos conceda las riquezas, la medianía o la miseria, habrá siempre una mezcla de su beneplácito y de su voluntad significada, y, por consiguiente, nosotros habremos de unir la obediencia al abandono.

Debemos ejercitar el abandono en cuanto al **lugar** en que nos pone Dios y con las **personas** que nos pone. La tierra es un lugar de paso, y nuestra ciudad permanente está en el cielo. Si acontece, pues, que hayamos de soportar algo de parte de los que nos rodean, ante todo hemos de persuadirnos de que esa es la voluntad de Dios. Es El, en efecto, y no el azar, quien nos ha llamado de las cuatro partes del mundo y nos ha juntado en tal Comunidad y bajo tales Superiores, para vivir allí reunidos en perpetuo contacto.

Las penas de la vida de familia y de Comunidad no tanto constituyen con la oposición de humor o de carácter un obstáculo a nuestro progreso espiritual, como medio providencial y muy precioso. En nuestra falta de fe, de humildad y de abnegación ha de buscarse el origen de nuestro malestar, al que las dificultades le ofrecen tan sólo la ocasión de manifestarse. Proviendo, pues, el mal de nosotros, ahí es donde es preciso aplicar el remedio, y ésta es la razón porque Dios nos ofrece estas oposiciones de carácter, estas pruebas crucificadoras y constantemente renovadas.

¡Excelentes penitencias para las culpas pasadas! ¡Excelente ejercicio de mortificación!

Además, estas contrariedades constantemente renovadas nos ofrecerán cada día muchas ocasiones de practicar las más raras y sólidas virtudes: la caridad, la paciencia, la dulzura, la humildad de corazón, la benignidad, la renuncia a vuestras inclinaciones, etc.; y estas pequeñas virtudes de cada día, practicadas fielmente, nos formarán una rica mies de gracias y de méritos para la eternidad.

EL ABANDONO EN LOS BIENES NATURALES DEL CUERPO Y DEL ESPÍRITU

Tanto la **salud** como la **enfermedad** tienen sus ventajas.

El abandono no quita sino la preocupación; no dispensa en manera alguna de las leyes de la prudencia, ni siquiera excluye un

deseo moderado. Nuestra salud puede ser más o menos necesaria a los que nos rodean, de ella necesitamos para desempeñar nuestras obligaciones.

Cuando la enfermedad, la debilidad, los achaques nos visiten, ¿nos será permitido exhalar quejas resignadas, formular deseos moderados y presentar súplicas sumisas? Seguramente que sí.

Cuando los males nos afligen con vehemencia, no es falta pedir a Dios nos libre de ellos. Más perfecto es no quejarse de los dolores que se tienen, y lo mejor es no pedir ni la salud ni la enfermedad, sino abandonarnos a la voluntad de Dios, a fin de que El disponga de nosotros como le plazca. Si con todo necesitamos solicitar nuestra curación, sea por lo menos con resignación y bajo la condición de que la salud del cuerpo convenga a la del alma; de otra suerte, nuestra oración sería defectuosa y sin efectos, ya que el Señor no escucha las oraciones que no se hagan con resignación.

La prolongación de la enfermedad, la incapacidad para muchas cosas que la acompañan o que la siguen, agravan no poco las molestias que ocasiona: y todo esto ha de ser objeto de un filial y confiado abandono.

Dios es, pues, el Dueño absoluto de la naturaleza, de la salud y de la enfermedad. En Él se ha de creer y no conviene tener una confianza exagerada en los medios humanos, porque Él les otorga o niega el resultado según le place. Si, pues, a despecho de los médicos y de las medicinas, el mal se prolonga y las enfermedades subsisten, en preciso adorar con filial y humilde sumisión la santísima voluntad de Dios. El Señor no ha permitido que el médico acierte o que el remedio obre, quizá ha permitido aun que los cuidados agraven el mal en lugar de curarlo. Nada de esto hace sino con un designio paternal y para el bien de nuestra alma; a nosotros toca aprovecharnos de ello.

La primera prueba es, pues, la prolongación del mal. También las múltiples impotencias debidas a la enfermedad. “Amigo mío, escribía San Juan de Ávila a un sacerdote enfermo, no examináis lo que haríais estando sano, sino contentaos con ser un buen enfermo todo el tiempo que a Dios quisiera. Si es su voluntad lo que de veras buscáis, ¿qué os importa estar enfermo o sano?”. Y San Alfonso de Ligorio decía: “no hay mejor manera de servir a Dios que abrazar con alegría su santa voluntad. Lo que glorifica al Señor no

son nuestras obras, sino nuestra resignación y la conformidad de nuestra voluntad con su beneplácito”.

Sobre **la vida y la muerte** es buena la ignorancia que nos advierte que estemos siempre dispuestos y que estimula sin cesar nuestra actividad espiritual. Hemos de aceptar esta incertidumbre con sumisión y hasta con reconocimiento. Más, ¿se ha de desear que la muerte venga en breve plazo o que nos deje aún largo tiempo?

Santa Teresa le parecía que sufrir era la única razón de la existencia: Señor, o morir o padecer. El Obispo de Ginebra decía: “Tomo a mi cuidado el cuidado de vivir bien, y el de mi muerte lo dejo a Dios”.

Por dicha nuestra, no estamos obligados a hacer una elección y a formar peticiones en consecuencia, puesto que se trata de asuntos cuya decisión se ha reservado Dios. De igual modo, en cuanto al tiempo, el lugar y demás condiciones de nuestra muerte, tenemos el derecho de exponer filialmente a Dios nuestros deseos, o de dejarle el cuidado de ordenarlo todo según su beneplácito, en conformidad con sus intereses, que son también los nuestros.

Finalmente, lo esencial es una santa muerte preparada por una vida santa, ya que de esto depende la eternidad. He aquí lo que hemos de desear sobre todo y solicitar de manera absoluta. Esperando el día señalado por la Providencia, sea nuestro cuidado de cada instante hacer plenamente fructuoso para la eternidad el tiempo que Ella nos deja; y cuando nuestro fin parezca próximo, sea nuestra única preocupación conformar y aun uniformar nuestra voluntad con la de Dios, ya en la muerte, ya en todas las circunstancias, hasta las más humillantes, pues nada es más capaz de hacerla santa y apacible.

Contentarnos con los talentos que Él nos ha dado, con la condición en que nos ha colocado, y no hemos de querer ser más sabios, más hábiles, más considerados que lo que Dios quiere. Todo es puro efecto de su bondad a la que somos deudores. Hagamos callar a este orgullo miserable que nos hace ingratos, reconozcamos humildemente los bienes que el Señor se ha dignado concedernos.

En la distribución de los talentos naturales no está Dios obligado a conformarse a nuestros falsos principios de igualdad. No debiendo nada a nadie, Él es Dueño absoluto de sus bienes, y no comete injusticia dando a unos más y a otros menos, perteneciendo, por otra parte, a su sabiduría que cada cual reciba según la misión

que determina confiarle. Como El, nosotros no hemos de ver en los dones de naturaleza y en los de gracia, sino medios de glorificarle por nuestra santificación.

En realidad, lo importante no es envidiar los dones que nos faltan, sino hacer fructificar los que Dios nos ha confiado, porque de ellos nos pedirá cuenta, y cuanto más nos hubiere dado, más nos ha de exigir.

¿Quién hará servir mejor los dones naturales a su santificación? Tampoco será siempre el mejor dotado, sino el más esclarecido por la fe, el más humilde y el más obediente.

Sobre los **cargos y empleos**. Dios mío, ¿será más conducente a vuestra gloria y a mí bien, que yo pase por los cargos o que permanezca sin empleo? Yo lo ignoro, Vos lo sabéis, Señor, y en Vos pongo toda mi confianza; disponed de todo esto de manera más favorable a nuestros intereses comunes, que a Vos me entrego.

Será mejor no desear nada, sino abandonarnos por completo en las manos de Dios y de su Providencia. ¿A qué fin desear una cosa más que otra? Con tal que agrademos a Dios y amemos su divina voluntad, esto debe bastarnos y de modo especial en religión, en donde la obediencia es la que da valor a todos nuestros ejercicios.

Lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida, no es el personaje que representamos sino el buen cobro que cada uno da de su personaje. Procure cada uno representar bien el personaje que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido, cumplir bien su cargo a la luz de la Eternidad, bajo la mirada de Dios, mantenerse en una estricta obediencia y humildad, y de aprovecharse de los deberes y dificultades del empleo para adelantar en la virtud.

Este amor del **reposo y de la tranquilidad**, tan legítimo en sí, llega en tal caso a ser excesivo; degenera en vulgar egoísmo, y no conoce el desinterés ni el sacrificio, y por lo mismo apaga, muchas veces, la llama de la verdadera caridad y nos hace inútiles para nosotros y para los demás.

El trabajo y los cuidados, las continuas molestias de ciertos cargos, nos proporcionan una inagotable mina de sacrificio y de abnegación; es un perfecto calvario para quien desea morir a sí mismo, es una continua inmolación en provecho de todos. Por el contrario, es muy fácil en este torbellino de los negocios y cuidados descuidar el interior y sobrenaturalizar poco nuestras acciones.

¿Qué querrá Dios de nosotros? ¿Aprovecharíamos más en la agitación o en la tranquilidad? Sólo Dios lo sabe. Es, pues, prudente establecernos en una santa indiferencia y estar dispuestos a todo cuanto Él quiera.

Dios quiere esto de mí, ¿qué más necesito? En cuanto que ejecuto esta acción no estoy obligado a ejecutar otra. Nuestro centro es la voluntad de Dios, y fuera de Él no hay sino turbación y desasosiego.

EL ABANDONO EN LOS BIENES DE OPINIÓN

Cosa muy querida nos es nuestra **reputación**, y en especial con respecto a nuestros Superiores y a la Comunidad. Pues bien, no es raro que por motivo legítimo o culpable, con razón o sin ella, se desaten las lenguas contra nosotros, lo cual no es pequeña prueba.

Si acontece que sus dardos, lanzados en la sombra o en el descubierto, hieren nuestra reputación, debemos soportar siempre con paciencia sus ataques y conformarnos con el divino beneplácito. En efecto, tras los hombres es preciso ver a Dios sólo, de quien ellos son instrumentos, ya tengan o no conciencia de ello, pues Él les pedirá cuentas de cada palabra y les pagará según sus obras. Mas entretanto, se servirá del celo, la ligereza y de la guía de la malignidad misma para probarnos.

Estas tribulaciones nos brindan, en efecto, ocasión de crecer en la virtud. El alma, despojándose de su reputación, se eleva por encima de la opinión de los hombres hasta Dios para servirle con absoluta pureza de intención. La humildad toma fuerza y se arraiga profundamente, cuando acepta esta dura prueba; entonces es cuando el justo se desprecia realmente y acepta ser despreciado por los demás.

¿Ha habido jamás reputación más destrozada que la de Jesucristo? ¿De qué injuria no fue blanco? ¿Qué calumnias no pesaron sobre él? Sin embargo, el Padre le ha dado un nombre que está sobre todo nombre, y le ha exaltado tanto más cuanto fue más abatido.

El alma santa indiferente a las alabanzas y a los desprecios, se abandonaba en manos de la Providencia, dispuesta a cumplir su obligación con buena o mala fama, y no deseando otra reputación,

sino la que Dios juzgara conveniente que disfrutara para los intereses de su servicio.

Aun en ocasiones en que podían rechazar la calumnia y que hasta parecía imponérselo el deber, los santos han preferido casi siempre guardar silencio, a ejemplo de Nuestro Señor durante la Pasión, dejando a la divina justicia el cuidado de justificarlos si lo juzgaba conveniente.

Las humillaciones. La humildad es una virtud capital y su acción altamente beneficiosa. De ella provienen la fuerza y la seguridad en los peligros, ilusiones y pruebas, pues sabe desconfiar de sí y orar.

Muchos son los caminos que conducen a la humildad. Confiemos muy particularmente en los abatimientos, según esta bella expresión de San Bernardo: “La humillación conduce a la humildad, como la paciencia a la paz y el estudio a la ciencia... ¿Deseáis la virtud de la humildad?; no huyáis del camino de la humillación, porque si no soportáis los abatimientos, no podéis ser elevados a la humildad”.

Decía San Francisco de Sales que hay dos maneras de practicar los abatimientos: la una es pasiva y se refiere al beneplácito divino, y constituye uno de los objetos del abandono; la otra activa, y entra en la voluntad de Dios significada. La mayor parte de las personas no quieren sino ésta, llevando muy a mal la otra; consienten en humillarse, y no aceptan el ser humilladas.

La acción ruda y saludable de la humillación quiere Dios ejercerla especialmente por aquellos que nos rodean y aceptada nos hace humildes, sin embargo, cuando se la rechaza con indignación o se sufre murmurando nos lleva al orgullo; y esto explica cómo se hallan tantas personas humilladas que no son humildes.

Para penetrar a fondo el misterio de **las persecuciones de los buenos** es preciso remontarse hasta Nuestro Señor y penetrar en los consejos de la Providencia. Jesús nos advierte que ha venido a traer la espada y no la paz, y que los enemigos del hombre serán los de su casa; que ha sido perseguido y hasta se ha llegado a llamarle Belcebú, y que no es el discípulo más que su Maestro; se nos odiará, se nos perseguirá de ciudad en ciudad, se nos entregará y llegará tiempo en que los mismos que nos den la muerte crean hacer un servicio a Dios.

Olvidemos, pues, a los hombres y todas las faltas que creemos tienen, y desechemos de nuestro corazón la amargura y el resentimiento. Fijos constantemente los ojos en el eterno perseguido, en Jesús nuestro modelo y en el Amado de nuestras almas, adoremos como El todos los designios de su Padre, que es también el nuestro. Esto no nos impide, en cuanto al porvenir, hacer lo que depende de nosotros para precaver los peligros, para evitar las consecuencias si fuere del agrado de Dios, siempre que la gloria divina, el bien de las almas, u otras justas razones lo exijan o lo permitan.

DEL ABANDONO EN LOS BIENES ESENCIALES ESPIRITUALES

Sobre **la gloria** dice San Francisco de Sales: “Dios nos ha significado de tantos modos y por tantos medios su voluntad de que todos fuésemos salvos, que nadie puede ignorarlo. Pues aunque no todos se salven, no deja, sin embargo, esta voluntad de ser una voluntad verdadera, que obra en nosotros según la condición de su naturaleza y de la nuestra; porque la bondad de Dios le lleva a comunicarnos liberalmente los auxilios de su gracia, pero nos deja la libertad de valernos de estos medios y salvarnos, o de despreciarlos y perdernos. Debemos, pues, querer nuestra salud como Dios la quiere, para lo cual hemos de abrazar y querer las gracias que Dios a tal fin nos dispensa, porque es necesario que nuestra voluntad corresponda a la suya”.

Es necesario querer positivamente lo que Dios manda; y como nada desea tan ardientemente como nuestra dicha eterna, es necesario querer nuestra salvación de un modo absoluto y por encima de todo. Aquí no cabe el abandono sino en cuanto al tiempo más cercano o más lejano, como hemos dicho tratando de la vida o de la muerte, y también en cuanto a los grados de gracia y gloria.

Tocante, pues, a la **vida de la gracia**, no hay lugar al santo abandono, por ser la voluntad claramente significada que las almas “tengan la vida y que la tengan en abundancia”.

Pero el abandono hallará su puesto en lo que concierne al grado de la gracia, y por ende al grado de las virtudes y al grado de la gloria eterna; pues, según el Concilio de Trento, “recibimos la justicia en nosotros en la medida que place al Espíritu Santo otorgárnosla, y en la proporción que cada uno coopera a ella”. La

gracia, las virtudes y la gloria dependen, por tanto, de Dios que da como Él quiere, y del hombre en cuanto que se prepara y corresponde.

En consecuencia, un alma que practica bien el santo abandono, deja a Dios la determinación del grado de santidad que ha de alcanzar en la tierra, de las gracias extraordinarias de que esta santidad pueda estar acompañada aquí abajo y de la gloria con que ha de ser coronada en el cielo. Si Nuestro Señor eleva en poco tiempo a alguno de sus amigos a la más alta perfección, si les prodiga señalados favores, luces sorprendentes, sentimientos elevadísimos de devoción, no por esto siente celos, sino que, muy al contrario, se regocija de todo esto por Dios y por las almas. En lugar de dar cabida a la tristeza malsana o a los deseos vanos, se mantiene firme en el abandono; y con esto, el grado de gloria a que aspira es precisamente el que Dios le ha destinado. Más hace cuánto de sí depende con ánimo y perseverancia, a fin de no quedarse en plano inferior a ese grado de santidad, que es el objeto de todos sus deseos.

La práctica de las virtudes pertenece, dice Bossuet, “a la voluntad significada, es decir, al expreso mandamiento de Dios, no hay en ella abandono ni indiferencia que practicar, y sería impiedad abandonarse a no adquirir virtudes o estar indiferente para tenerlas”.

1º.- El grado de virtud. Podemos, pues, y hasta debemos hacer los mayores esfuerzos para aumentarlo sin cesar, contentándonos, sin embargo, con la medida que quisiera Dios que alcanzáramos.

2º.Existe también la manera inquieta y apresurada. Dios exige que hagamos cuanto está de nuestra parte por la fidelidad en conservar cada virtud según nuestra condición y vocación. Nos quiere así acostumbrar a tender a la perfección por grados con un corazón tranquilo. Por lo que mira a llegar a ella más pronto o más tarde, pide que lo dejemos a su Providencia;

3º.- Algunos medios de practicar la virtud. Dios se reserva el intervenir a su tiempo y como le plazca, para allanar los obstáculos, suscitar las ocasiones y facilitar el trabajo. Lo hace por cada acontecimiento de su beneplácito

Nuestro Señor no cesa de exhortar, prometer, amenazar, defender, mandar e inspirar, a fin de **apartarnos del pecado**, en cuanto esto puede hacerse sin quitarnos la libertad. La voluntad

divina nos ha sido significada mil veces y bajo todas las formas, y ante una voluntad divina tan claramente conocida en cosas de tan capital importancia, la indiferencia sería criminal.

Preciso es armarnos de valor para la lucha, adorando a la divina Providencia en esta santa disposición, en la que brillan su sabiduría en regir las criaturas libres, su liberalidad en recompensar a los buenos, su paciencia en soportar a los malos, su poder para convertirlos, o por lo menos, para llamarlos al orden por la justicia, y en fin, el bien de su gloria que El halla en todas las cosas y es la que únicamente busca en todas ellas. Pero obedecemos al mismo tiempo a su voluntad significada, que nos ordena aborrecer el pecado, evitarlo mediante la vigilancia, la oración y el combate o repararlo por la penitencia.

La observancia de los preceptos, votos, Reglas, etc. pertenece a la voluntad de Dios significada, constituye el dominio propio de la obediencia y no del abandono.

No hemos, sin embargo, de adherirnos a todas estas cosas, sino en tanto que continúen siendo la voluntad de Dios con respecto a nosotros. Si El deja de quererlas, nos es preciso despegarnos de ellas para poner todo nuestro afecto en lo que Él quiere de presente, y no querer sino esto, porque algunos preceptos de Dios no son tan inmutables que no puedan ser modificados por las circunstancias

Dios asigna a cada uno el lugar de combate, las armas y el servicio según la vocación que le da, o las circunstancias en que le pone.

EL ABANDONO EN LAS VARIEDADES ESPIRITUALES DE LA VIDA ORDINARIA

1º.-Esta prueba es mucho más dolorosa cuando aquellos que Dios nos había dado como apoyo cesan de sostenernos, y volviéndose contra nosotros, amenazan echar por tierra nuestros más caros proyectos. Esto es lo que sucedió a San Alfonso de Liguorio cuando quiso fundar su Congregación.

2º.- Los recursos de que disponemos para la realización del bien, nos los puede Dios quitar según su beneplácito. Así, puede privarnos de la fortuna, de la salud, de las comodidades, de los talentos y de la ciencia; rebajarnos si le agrada, aniquilarnos, por decirlo así, por algún tiempo o de un modo definitivo.

3°.- Algunas observaciones regulares, algunas prácticas personales pueden llegar a sernos imposibles, por un tiempo más o menos largo, a causa de la enfermedad, de la obediencia o de otras causas semejantes. Además hay prácticas que nos hubieran sin duda complacido, y otras que nunca hemos podido abrazar, de donde pueden muy bien originarse, cierto que sin fundamento, turbaciones y disgustos.

4°.- Estáis privado del alimento sagrado de la Comunión, y pronto quizá, vuestro estado de debilidad os hará incapaz de orar. No os quejéis; que Nuestro Señor os quiere hacer participar de su mismo alimento, que quizá no conocéis. “Mi alimento, os dirá, es hacer la voluntad de mi Padre a fin de consumir la obra que me ha confiado”.

LOS FRACASOS Y LAS FALTAS

A veces **fracasamos en las obras de celo** porque por determinadas circunstancias es preciso abandonar el bien que Dios no nos exige, para unirse a Dios solo y para entregarse por completo a la divina Providencia. No contentos con vigilar sobre la pureza de intención en todas nuestras empresas, nos es preciso adherirnos fuertemente al deber, es decir, a la voluntad sola de Dios, y hacernos indiferentes por virtud al éxito o al fracaso. Nosotros queremos que aquello que emprendemos y tratamos tenga feliz resultado, pero no es razonable que Dios haga todas las cosas a nuestro gusto.

En una palabra, todas nuestras empresas para gloria de Dios reclaman su acción y la nuestra. A nosotros toca plantar y regar, pero sepamos que es Dios quien da el crecimiento. Debemos, pues, hacer lo que de nosotros depende y poner el éxito en manos de la Providencia.

Nos afligimos a veces porque no progresamos en la vida interior. El progreso en las virtudes y la corrección de nuestros defectos reclaman a la vez la acción divina y nuestra cooperación. La gracia está prometida a la oración y a la fidelidad, si bien el Señor continúa juez y dueño de sus dones, no menos que del tiempo y otras circunstancias.

Deseemos, pues; oremos, trabajemos con constancia y método, y si es necesario aún, reanimemos nuestro ardor, y jamás dejemos languidecer esta santa vigilancia, pero pongamos en manos de nuestro Padre Celestial el éxito, mejor dicho, la medida, el

tiempo, la forma y demás circunstancias de este buen resultado, de suerte que desaparezca la inquietud, el apresuramiento y todo proceder defectuoso en la consecución de nuestro fin.

En lo concerniente a nuestras pasiones y a nuestros defectos hemos de conservar la misma actitud de combate sin tregua, y de apacible abandono.

Estas rebeliones -dice San Francisco de Sales- del apetito sensitivo, tanto en la ira como en la concupiscencia, han sido dejadas en nosotros para nuestro ejercicio, a fin de que practiquemos la fortaleza espiritual resistiéndolas. Nuestra victoria no se cifra, pues, en no sentir las, sino en no consentirlas. Además, es conveniente que para ejercitar nuestra humildad, seamos algunas veces heridos en esta batalla espiritual; y, sin embargo, no somos considerados como vencidos, sino cuando hemos perdido o la vida o el valor. Preciso es, pues, resolernos a combatir con paciencia y perseverancia, más en calma y en paz.

De igual modo, al **ejercitar el celo para con las almas**, hemos de hacer lo que de nosotros dependa con fervor prudente y sostenido, pero en apacible abandono. Dios, en efecto, pide el deber, pero no exige el éxito.

Ante todo es necesario amar a las almas en Dios. Hemos de hacer donación total y completa de las almas a Dios y de Dios a las almas. A la manera de Dios es como se precisa amar a las almas, conformándonos con su conducta y con el orden de su Providencia

No faltarán decepciones. Dios mismo, por más que posea la llave de los corazones, no penetra por la fuerza, se detiene a la puerta y llama. Más he aquí el misterio de la gracia y de la correspondencia: el uno se apresura, el otro rehúsa abrir; muchos no ponen atención, y con harta frecuencia Dios queda fuera.

No debe, sin embargo, esta humilde resignación entibiar nuestro ardor.

Siempre, o punitivo o remunerador, su beneplácito es adorable, amable y digno de bendición eterna.

Abandonémonos en Dios a pesar de **nuestras faltas**. Si perseveramos constantemente en la oración, la vigilancia y el combate, serán más raras nuestras faltas a medida que avancemos, menos voluntarias y mejor reparadas, y nuestra alma se consolidará en una prudencia cada vez mayor. Pero si aconteciera que

cometiésemos algún pecado, hagamos cuanto de nosotros depende, a fin de borrarlo. Con todo, sea nuestro arrepentimiento fuerte, sereno, constante, tranquilo, pero no inquieto, turbulento, ni desalentado.

La paz en el arrepentimiento es muy deseable.

Existe, en efecto, el arte de utilizar nuestras faltas, y consiste el gran secreto en soportar con sincera humildad, no la falta misma, ni la injuria hecha a Dios, sino la humillación interior, la confusión impuesta a nuestro amor propio; de suerte que nos abismemos en la humildad confiada y tranquila. La humillación bien recibida produce la humildad, y la humildad a su vez, recordándonos sin cesar ya sea el tiempo que hemos de recuperar, ya las faltas cuyo perdón necesitamos implorar, alimenta la compunción de corazón, estimula la actividad espiritual y nos torna misericordiosos para con los demás.

En cuanto a las consecuencias penales del pecado, si Dios permite que no las podamos evitar, hemos de recibirlas con humilde aquiescencia al divino beneplácito. Dios no ha querido el pecado, pero quiere sus consecuencias; nos hace sufrir para curarnos, y nos hiere aquí abajo, a fin de no verse precisado a castigarnos en el otro mundo.

Con esta misma filial tranquilidad aceptaremos las consecuencias penales de nuestras imprudencias. Una sencilla imprudencia que lleva consigo consecuencias desagradables, patentes a la vista de todos, he aquí sin género de duda la más humillante de las humillaciones, y ved ahí, por consiguiente, una excelente ocasión para herir de muerte al amor propio, y que jamás habremos de desperdiciar. Una sola prueba así aceptada hace progresar a un alma más que numerosos actos de virtud.

LAS PRUEBAS INTERIORES EN GENERAL

De dos maneras nos la puede alargar: mediante las dulzuras, o los santos rigores. Cuando un alma comienza a entregarse a Él, la colma de consuelos sensibles para atraerla, para alejarla de los placeres terrenales; y así engolosinada, la va despegando poco a poco de las criaturas para unirla a Él, si bien de manera defectuosa, pues es vicio general de las almas todavía imperfectas buscar su satisfacción casi en todo cuanto hacen. Y precisamente las dulzuras constituyen el plato más delicado tanto para el orgullo como para la

gula espiritual. Conveniente será, pues, dar el golpe de gracia al amor propio, que Dios nos someta a los recios golpes de las pruebas interiores, que aunque dolorosas serán decisivas.

Por las pruebas interiores Dios nos humilla y nos instruye. Por medio de ellas nos acaba de despegar de las criaturas y de nosotros mismos. Para llevar a término esta segunda muerte, retira Dios todo consuelo, todo gusto, todo apoyo interior, y prueba al alma por las arideces, las repugnancias, las insensibilidades y otras penas, de suerte que ella se encuentra en un estado de anonadamiento.

LAS TENTACIONES

“Para un alma que ame a Jesucristo -dice San Alfonso-, no hay mayores penas que las tentaciones, pues todos los otros males le facilitan la unión más íntima con Dios, recibéndolos con resignación; empero, las tentaciones le exponen a separarse de Jesucristo, siendo por lo mismo mucho más amargas que cualquier otro tormento”.

Elegir la tentación, el tiempo, la violencia y la duración, todo está en manos de Dios, nuestro Padre, nuestro Salvador, nuestro Santificador; esto es lo que debe inspirarnos confianza. Podemos nosotros mismos, con el auxilio de la gracia, prevenir muchas tentaciones, rechazar los más rudos asaltos del enemigo; y si sucumbimos, será por nuestro libre consentimiento, pues el demonio puede ladrar, amenazarnos, solicitarnos, pero no muerde sino al que lo quiere. Mas, por desgracia, tenemos en nuestro libre albedrío la tremenda posibilidad de ceder, a pesar de la gracia; y de no pedirla, hasta de ir en busca de la tentación; todo lo cual nos ha de mantener en una continua desconfianza. El peligro, pues, en definitiva, está en nosotros, y a nosotros es a quien sobre todo hemos de temer.

En todo esto hay una mezcla de divino beneplácito y de su voluntad significada, exigiendo ésta que cada cual “vele y ore para no caer en la tentación”, es decir, para prevenir la tentación en cuanto de nosotros dependa, o para obtener la gracia de no sucumbir. Que ésta se presenta a pesar de la vigilancia y de la oración, la voluntad de Dios significada pide entonces que combatamos como valientes soldados de Jesucristo. Todos conocen perfectamente los medios que han de emplearse, pero, según San Alfonso, “el más eficaz y el más necesario de todos los remedios, el remedio de los remedios, es

invocar el auxilio de Dios y continuar orando mientras dure la tentación”.

Mas, a pesar de la vigilancia, de la oración, de la lucha, es preciso resolverse a combatir, pues tal es el beneplácito divino.

Debemos poner en Dios nuestra confianza, pues cualquiera que sea la causa de las tentaciones, ¿No es siempre El quien las permite para nuestro bien? Sin embargo, no debemos desear las tentaciones, a pesar de las preciosas ventajas que de ellas se puedan reportar, pues constituyen una excitación actual al mal y un peligro para nuestra alma. Conviene, por el contrario, pedir a Dios que nos preserve de ellas, en particular de aquellas a las que sucumbiríamos sin remedio. Como dejamos dicho, hemos de resignarnos a sufrir la tentación, si tal es el beneplácito divino, más a condición de hacer todo cuanto su voluntad significada disponga, para prevenirla o para triunfar de ella. Entonces, sin perder un momento el ánimo, es preciso poner nuestra confianza en Dios, abandonarnos a su dulce providencia y no temer nada; oraremos, combatiremos y, siendo El quien nos expone al combate, no nos dejará solos ni permitirá que sucumbamos.

LOS CONSUELOS Y LAS ARIDECES

Tan pronto prodiga Dios las consolaciones sensibles o las dulzuras espirituales, como las da con medida, o bien retira la dulzura, produciendo en el alma un gran vacío. Esta pena es terrible cuando se prolonga indefinidamente; se calma y da lugar a la paz a medida que el alma se desprende de la satisfacción y se adhiera a sólo el beneplácito divino.

En la voluntad de Dios significada es donde hemos de encontrar nuestros medios fundamentales, regulares, de todos los días, como anteriormente dejamos indicado. Las consolaciones y las arideces son medios accidentales y variables que Dios nos proporciona según su beneplácito, y son de eficacia real, a veces decisiva, sin que por esto hayan de hacer olvidar los medios esenciales. De todo esto se sigue que no conviene dar a las consolaciones y arideces exagerada importancia; el fin y los medios esenciales son los que deben merecer nuestra principal atención, quedando en segundo término las consolaciones y las arideces.

Las arideces espirituales y las desolaciones sensibles son excelente purgatorio donde el alma cancela sus deudas, más aún, son el crisol en que se purifica.

El fin que nos hemos de proponer, es este perfecto amor que nos une estrechamente a Dios por un mismo querer y no querer. Esta es la devoción sustancial. Pongamos un santo ardor en conseguirlo por los medios que de nosotros dependen, y que la voluntad de Dios significada nos indica. Las consolaciones, aun las divinas, no constituyen la devoción, y las arideces involuntarias no son la indevoción. Las unas y las otras son medios providenciales; guardémonos de convertirlas en obstáculos. ¿Qué camino nos será el más riguroso y provechoso, el de las consolaciones o el de las arideces? Lo ignoramos; y por otra parte, Dios se ha reservado la decisión. En todo caso, el partido más acertado es suprimir las causas voluntarias de la sequedad, hacernos indiferentes por virtud y abandonarnos a su Providencia.

LAS TINIEBLAS, LA INSENSIBILIDAD, ETC.

Y “como por una parte -dice San Alfonso- las sugerencias del demonio son violentas, y la concupiscencia está excitada, y por otra, el alma en medio de esta oscuridad, sea cualquiera la resistencia de la voluntad, no sabe con todo discernir suficientemente si resiste como debe, o si consiente en las tentaciones, teme más y más haber perdido a Dios y hallarse por justo castigo de sus infidelidades en estos combates, abandonada por completo de Él”. Si pruebas de este género se repiten y se prolongan, pueden llegar a concebir crueles inquietudes aun respecto a su eterna salvación.

Alma de buena voluntad, ¿por qué tales temores? Dios ve el fondo de los corazones, ¿y va a ignorar que deseáis ser toda suya, y que vuestro único deseo es agradarle? ¿Ha cesado El de ser la bondad misma? En el fondo de sus amorosos rigores, ¿no veis su apasionada ternura santamente celosa de poseeros por completo? Todo esto sirve maravillosamente para librar al alma de su amor propio.

Desde luego, hay incertidumbre sobre el valor de nuestras oraciones, que nos parecen insignificantes. Busquemos los medios de conservarnos atentos a Dios y hagamos cuanto esté de nuestra parte. Se nos presentan muchas incertidumbres...Adoremos esta admirable

disposición y, lejos de dejarnos arrastrar por un temor desconfiado y de perder el ánimo, cultivemos con solicitud este temor amoroso que estimula la actividad y pone en guardia contra sus peligros. La manera más cierta de asegurar el porvenir es santificar el momento presente.

Sea cual fuere su naturaleza y por espesas que se suponga las tinieblas nos dejan la razón y la fe: tanto al Pastor como al simple fiel les quedará la Iglesia, el Evangelio, los buenos libros y la dirección; y al religioso le quedan sus Superiores y su Regla.

Es triste tener que cumplir los más religiosos deberes con un corazón frío y un espíritu disipado, el ir a ellos siempre sin interés alguno y tener que arrastrar su corazón como por fuerza. Dios te retira sus consolaciones ora para castigar tus faltas, ora para aumentar tus méritos. Si es para castigar tus faltas, ¿por qué no vuelves tu disgusto contra ti misma? Si es para aumentar tus méritos, ¿por qué te quejas de Él? Si te trata como mereces, ¿qué mal te hace? Si quiere acrecentar tus méritos, ¡cuán reconocida no le debes estar! ¿Temes que te haga expiar con sobrada facilidad tus pecados en este mundo, o que mediante ligeros padecimientos te haga demasiado feliz en el otro? Por más que reflexiones, esos que tú llamas rigores, deben necesariamente tener una de estas dos causas: Dios no aborrece su obra, y no llama al hombre a su servicio para hacerle desdichado.

Con tal que nuestra voluntad se mantenga firme y generosa, evitemos la inquietud. Pongámonos en manos de Dios como un enfermo en las del médico, pues en estas circunstancias es cuando se entregará de lleno a curarnos y salvarnos.

Nada hagamos en este estado contra las órdenes de Dios, ni nos lamentemos desesperadamente, sino que más bien pronunciemos con humildad “hágase Señor tu voluntad”.

Un alma que es toda de Dios, sin haber pasado aún el camino ordinario, puede ser probada por una profunda aridez de sentimientos, por esas tinieblas y está insensibilidad de que hemos hablado, y esto basta para que experimente cierta impotencia en la práctica de las virtudes, y sobre todo en la oración.

En esta alma, la impotencia para practicar las virtudes no es sino relativa, es más aparente que real. Es ante todo una impotencia

para practicarlas con sentimiento. Dios pide las obras, mas no exige el sentimiento.

La impotencia puede manifestarse sobre todo con respecto a los actos interiores y a la oración, y aun aquí no es sino relativa. Aun en medio de esta oscuridad, una cosa es todavía posible: anonadarnos delante de Dios, confesar nuestra miseria arrojándonos en el seno de su misericordia.

Nos convendrá mantenernos constantes en nuestro deber, no descuidar la oración, sino soportar animosamente la prueba, atenuándola, si es posible, por medio de un libro y otras piadosas prácticas que la experiencia sugiera. Más convendrá buscar en algún buen libro, y con preferencia en un director experimentado, las luces y la dirección que son entonces particularmente necesarias. En todo caso, es una excelente ocasión de progreso espiritual y abandono filial.

Esta dura prueba es el manantial de una inmensa riqueza sólidamente fundada sobre la obediencia y la humildad, muy bien preservada de los estragos del amor propio.

Más en esto hay quizá una mala inteligencia: Dios nos gobierna a su manera, y nosotros habíamos formado otro concepto en este punto; de donde se origina nuestra turbación, y para disiparla importa conocer mejor las miras de Dios y entrar de lleno en ellas.

Es, pues, necesario dirigir muy alto nuestros deseos de espiritual adelantamiento, debiéndolos apoyar en Dios sólo, y regularse según su beneplácito de tal suerte que queramos nuestra perfección como Dios la quiere y solamente como El la quiere. El deseo así formado, aunque lleno de un santo ardor, permanece siempre tranquilo y sumiso, porque tiene su principio en la gracia y su regla en la voluntad divina.

Dios viene en nuestra ayuda por medio de estas penas. Por mediación de ellas nos ofrece un doble socorro tan necesario como precioso, secunda nuestros deseos de progresar, sosteniéndonos poderosamente con su gracia invisible, y presérvanos de los ataques del amor propio, dejándonos sentir la fuerte impresión de nuestra pobreza.

PAZ, TEMORES Y ESCRÚPULOS

La paz del alma es un bien soberanamente deseable, no tan sólo por la dulzura que consigo lleva, sino más aún por la fuerza que nos comunica y por las condiciones ventajosas en que nos coloca. Es casi indispensable al que desea vivir vida interior.

Hay, empero, paz verdadera y paz falsa. La verdadera paz es la tranquilidad del orden. Para conseguirla es, pues, preciso poner orden en nuestros pensamientos, en nuestros afectos, deseos, en nuestras acciones y en nuestros sufrimientos; es decir, conviene que nuestra voluntad esté siempre sometida a la de Dios por la obediencia y la resignación, de otra suerte, habrá el desorden, y, resistiendo a Dios, no se tendrá la paz, por lo menos la paz verdadera.

La plenitud de la paz y la de la perfección caminan a la par y son inseparables,

Por el contrario, aun cuando el alma se mantenga completamente fiel puede Dios, si tal es su beneplácito, quitarle esta sobreabundancia del bienestar interior, retirarle la impresión de la paz que de ordinario acompaña a la virtud, dejándole tan sólo una paz árida, sin sentimiento alguno. Libre es también, si así lo quiere, para dar poder a nuestro enemigo que tratará de lanzarnos en la inquietud, la turbación y la agitación. ¿Qué haremos entonces? Adherirnos más y más a la voluntad de Dios, y abandonarnos confiadamente en los brazos de nuestro Padre que está en los cielos; pues nada hace, nada permite, sino para el mayor bien de nuestra alma, y mientras nosotros permanezcamos unidos por la fe, la confianza y el amor a esa voluntad divina, nada hay en el mundo capaz de dañarnos.

Hay una paz casi insensible que reside en lo más íntimo del alma, en la parte delicada del espíritu. Por lo regular es árida y sin gusto, pudiéndose tener aun en medio de las más dolorosas tribulaciones. Esta paz puramente espiritual está menos sujeta a las pretensiones del amor propio, y deja el campo más libre a la acción de la gracia. En ella es donde Dios habita como en su propio ambiente, a fin de obrar en lo íntimo del corazón cosas maravillosas, pero muy secretas y casi insensibles, que apenas se conocen sino por los efectos; es decir, cuando, bajo la bienhechora influencia de esta paz, siéntese el alma con fuerzas para permanecer firme en medio de

las persistentes arideces, en las tentaciones, violentas sacudidas y las aflicciones más imprevistas.

Si permanecemos firmes, sumisos y humillados bajo el peso de las cruces de Dios, en ellas hallaremos por fin, si lo juzga oportuno, el reposo de nuestras almas. Cuando por nuestra docilidad nos hubiéramos hecho acreedores a que Dios nos haga sentir la unión enteramente divina que tiene la cruz desde que Jesucristo ha muerto en ella por nosotros, entonces disfrutaremos de esta paz inalterable.

Recordemos, ante todo, que el derecho a la paz se mide por la buena voluntad, y que, para gozar una paz profunda, ha de estar la voluntad plenamente sometida a la de Dios. Aun en este caso no estamos por completo al abrigo de posibles peligros; por eso es preciso preservarse por medio de la oración y la vigilancia.

Existe, por ejemplo, el **temor de los hombres**. Aunque ellos pueden decir y hacer, no hacen sino lo que Dios quiere y permite, y nada hay que no le sirva para cumplimiento de sus misteriosos designios.

Existe también el **temor del demonio** y de los lazos que de continuo nos tiende dentro y fuera de nosotros. Mas Dios está con el alma que vela y ora; y ¿no es El infinitamente más fuerte que todo el infierno? Cuando a este humilde temor se une una gran confianza en Dios, se sale siempre victorioso, salvo quizá en ciertos lances de poca importancia, en que Dios permite pequeñas caídas para nuestro mayor bien.

Para un alma que ama a Dios, nada hay más doloroso que el **temor de ofenderle**, nada más terrible que tener el espíritu lleno de malos pensamientos y sentir su corazón arrastrado, en cierto modo a su pesar, por la violencia de las tentaciones. Es cierto que hemos de desconfiar de nuestra debilidad, y tomar todas las precauciones prescritas para evitar las tentaciones, pero sería una ilusión temerla con exceso. Confiemos en la bondad y en el poder de la gracia: Es cierto también que hemos de tener un inmenso horror al pecado y la más exquisita vigilancia para huir de él; empero, no se ha de confundir la tentación con el pecado. Aun los asaltos más persistentes, la rebelión de las pasiones, las repugnancias y las inclinaciones violentas, las imaginaciones, las impresiones, todo esto puede muy bien no tener lugar sino en la parte inferior del alma sin

consentimiento alguno libre de la parte superior, y por ende sin culpa alguna, y hasta puede ser muy meritorio.

Cometemos faltas demasiado manifiestas, y en consecuencia, Dios mismo imprime en nuestras almas un vivísimo sentimiento de nuestros pecados, de nuestras miserias, de su infinita santidad, de sus justos juicios. El alma entonces, como dejamos dicho, temblando a los pies de un Dios tres veces santo, se pregunta con dolorosa ansiedad lo que ha de ser de ella, si será posible su salvación. Cuando se prolonga y repite con frecuencia, esta visita penetrante es a la vez una gracia preciosa y un duro purgatorio. El medio de dulcificar la prueba y aprovecharse de esa luz, es conformarnos con toda confianza y generosidad con las miras de Dios, pues Él se propone producir así tres efectos de la gracia, todos ellos igualmente deseables: una pureza perfecta, una profundísima humildad, y un heroico abandono.

En primer lugar, se propone completar nuestra purificación por las angustias y ansiedad del amor. Quiere también Dios elevarnos a la más alta humildad. Más las pruebas y las luces de que hablamos, nos inspiran como naturalmente el temor, el desprecio, el horror de nuestra miseria. Cuando se ha pasado repetidas veces por estas duras humillaciones, y se ha contemplado hasta la saciedad este abismo de miserias que somos nosotros, no se complacerá uno en sí mismo, ni pondrá su confianza en las luces o en sus obras. El alma se hace más pequeña como por instinto, bajo la mirada de Dios; siente la necesidad de no apoyarse sino en su infinita bondad, de arrojarse a ciegas en ese abismo que sobrepuja al abismo de nuestras miserias. Es este el triunfo de la humildad, y por consecuencia inesperada, es también el triunfo de la verdadera confianza, de aquella que no se funda en nosotros, y que se apoya plenamente en Dios sólo.

Dios, en efecto, se propone conducirnos a esta confianza del todo pura, y por decirlo así, heroica. Ya que su adorable voluntad ha de ser la regla y medida de nuestros deseos aun los más santos, trataremos de estar siempre contentos con lo que Él quiere o permite. Basta que Él esté satisfecho; y lo estará desde el momento en que estemos plenamente sometidos a Él.

El escrúpulo no es la delicadeza de conciencia, es tan sólo su falsificación. El escrúpulo es el azote de la paz interior. El escrúpulo es uno de los peores azotes de la virtud espiritual. Por de

pronto impide la oración. Porque el escrúpulo causa una agitación que impide el silencio interior y la atención en la oración; Si el escrúpulo no paraliza al menos la obra, de ordinario la retardará y siempre la dañará. Lo que de cierto podemos afirmar es que constituye una verdadera enfermedad que amenaza a la vida espiritual en su existencia, y que perjudica terriblemente su ejercicio.

Para vencer este terrible enemigo, es necesario orar mucho, apartar las causas voluntarias, y sobre todo practicar la obediencia ciega. Obedecer con la docilidad de un niño a su confesor que diagnostica el mal y prescribe los remedios, es para él la más alta sabiduría y la única esperanza de curación, que es obra harto difícil.

Muchas veces es beneplácito de Dios que soportemos con paciencia la pena del escrúpulo por el tiempo que a Él le agradare. La causa es con frecuencia un temperamento melancólico, un natural tímido y suspicaz, la debilidad de la cabeza, o cierto estado particular de salud; cosas todas que más dependen del divino beneplácito que de nuestra voluntad. En este caso suelen durar largo tiempo los escrúpulos, y hasta se manifiestan en las ocupaciones de índole no religiosa.

No pocas veces será el demonio la causa del mal. Se aprovecha de nuestras imprudencias, explota nuestras predisposiciones, agita los sentidos y la imaginación para excitar los escrúpulos o aumentarlos.

Dios jamás será directamente el autor de los escrúpulos. Estos sólo pueden originarse de la naturaleza caída o del demonio, puesto que se apoyan en el error, y constituyen una enfermedad del alma. Mas Dios los permite, y a veces quiere hasta servirse de ellos como de un medio transitorio de santificación; y en este caso, los regula y los dirige en su infinita sabiduría, de suerte que consigamos el buen efecto de vida espiritual que de ahí esperaba; llena el alma del temor al pecado a fin de que arroje por completo de sí las faltas pasadas, y en lo sucesivo las evite con doblado celo. La humilla de tal suerte que no se atreva ya a fiarse de su propio juicio y se someta enteramente a su padre espiritual.

Aun cuando nosotros mismos fuésemos los autores de nuestra desdicha, requiérese por lo menos la voluntad permisiva de Dios, y por lo mismo, es preciso ver en esto, como en todo, la mano de la Providencia; y no es porque Ella quiera el desorden de los

escrúpulos, más puede, sin embargo, querer que llevemos esa cruz. Su voluntad significada nos invita en este caso a luchar contra el mal, y su beneplácito a soportar la prueba.

EL ABANDONO EN LAS VARIEDADES ESPIRITUALES DE LA VÍA MÍSTICA

El punto capital -en los caminos de la oración-, es que las almas enderecen sus meditaciones a la reforma de sus costumbres, y que estén bien persuadidas de que las luces espirituales son de muy escaso valor sin la práctica.

Rendir a Dios nuestros homenajes es el objeto primario de la oración, pero otro, que nunca debemos perder de vista, es nuestro progreso espiritual: si efectivamente consigue este efecto, importa poco que sea de las más comunes; y si eso no se consigue, ¿de qué nos serviría, aun cuando fuese de las más místicas?

Dos caminos hay para llegar al fin: el camino ordinario, en que la oración no es manifiestamente pasiva, y el camino místico, en el que domina la contemplación infusa oscura, con las purificaciones pasivas. Las visiones, las revelaciones, las palabras sobrenaturales pueden o no hallarse en este segundo camino.

Concluamos con el P. Álvarez de Paz: “Todos los perfectos no son elevados a contemplación perfecta, porque Dios todopoderoso tiene otros caminos para hacer perfectos y santos. En unos obra de un modo admirable por medio de las aflicciones, las enfermedades, las tentaciones y las persecuciones. Forma a otros mediante los trabajos de la vida y por el ministerio de las almas, ejercitado con las más puras intenciones. Conduce a otros a una eminente santidad, por medio de la oración ordinaria y de la mortificación en todas las cosas. Acontece a veces que uno, favorecido con grandes dones de contemplación, se halla inferior en caridad perfecta a otro que no los ha recibido”.

El camino místico no es, por consiguiente, el único que puede conducir a una elevada perfección, pero es preciso convenir en que lleva a ella más aprisa y más fácilmente.

El contemplativo participará con mayor frecuencia de la crucifixión del Calvario que de las alegrías del Tabor, y si tiene necesidad de ser probado y humillado, la tiene más aún de ser confortado.

La contemplación mística depende ante todo del beneplácito divino. “No está Dios obligado -dice Santa Teresa- a distribuirnos en este mundo esas gracias sin las que nos podemos salvar. Distribuye sus favores cuando le place”.

Sucede con los dones místicos lo que con cualquier otra gracia; Dios la concede liberalmente, pero como Él quiere y conforme a la disposición y cooperación de cada uno. A nadie debe gracia tan inestimable, por bien preparado que se halle. Siendo en todo la contemplación una gracia, depende en gran parte del celo que se despliegue para disponerse y corresponder a ella: La preparación de que aquí hablamos proviene de nuestra iniciativa, mediante el socorro ordinario de la gracia. Consiste en suprimir los obstáculos, reforzando la cuádruple pureza de conciencia, de espíritu, de corazón y de voluntad tan necesaria para toda oración; en disponer positivamente el alma, haciendo de ella un santuario silencioso y recogido, embalsamado con todas las virtudes. Le es necesaria la fe viva, la confianza y el amor; y esto no lo alcanza sin una medida proporcionada de renunciamiento, de obediencia y de humildad. Y naturalmente, más adelantado debe uno hallarse en estas virtudes para la contemplación que para la oración ordinaria.

No estamos obligados a desear el estado místico, y Dios tampoco lo está a dárnoslo, porque no constituye la perfección, ni el único camino para llegar a ella. No ha de ser nuestro deseo afanoso ni quimérico, ya que cada cosa ha de venir a su tiempo. Por legítimo que sea nuestro deseo, ha de regularse por la humildad y el abandono.

El deseo de avanzar en los caminos místicos es enteramente legítimo en sí, y tenemos derecho a manifestarlo en una oración confiada y filial pero semejante deseo necesita templarse por un fiel abandono. Quiere Dios ser siempre dueño de los dones que se propone comunicarnos; se reserva el tiempo y la medida en que nos los ha de conceder, a fin de conservarnos en la dependencia y la humildad.

Dejar hacer a Dios es la actitud de un alma inteligente y libre que, apreciando el beneplácito divino, se presenta toda entera para recibirlo y no perder nada de él. No se limita a dar su consentimiento, a no oponer resistencia, a no hacer nada que sea un obstáculo; presenta su espíritu, su corazón, su voluntad para

entregarse toda a la gracia. En consecuencia, por todo el tiempo que se haga sentir la influencia mística, vela el alma para rechazar las distracciones y, si está en su mano, las ocupaciones incompatibles con la oración; evita el buscar y aun aceptar largas consideraciones, afectos variados y complicados: cosas todas más a propósito para ahogar esta pequeña llama que para avivarla. Recibe, sin embargo, la acción divina con reverencia y sumisión, con reconocimiento y confianza, y a ella se adapta de la manera que puede. La acepta tal como le es ofrecida, débil o fuerte, silenciosa o suplicante sin buscar otra materia. Si en lo que recibe cree encontrar ocupación suficiente, limitase a contemplar a Dios en un silencio amoroso, o a excitar piadosos afectos, en conformidad con el movimiento de la gracia.

Cuando la sumerge una y otra vez hasta la saciedad en las purificaciones pasivas, parécela a esta pobre alma hallarse abandonada del cielo, pero nada está perdido sino para el hombre viejo el mejor medio de abreviar la prueba es someterse sin queja y sin recriminaciones ni inquietudes.

4. Excelencias y frutos del Santo Abandono

EXCELENCIA DEL SANTO ABANDONO

Lo que constituye la excelencia del Santo Abandono, es la incompatible eficacia que posee para remover todos los obstáculos que impiden la acción de la gracia, para hacer practicar con perfección las más excelsas virtudes, y para establecer el reinado absoluto de Dios sobre nuestra voluntad. Evidentemente, la conformidad que viene de la esperanza, y más aún, la resignación que nace del temor, no se elevan a iguales alturas; tienen, sin embargo, su valor. Más aquí hablamos de la conformidad perfecta, confiada y filial que produce el santo amor.

Es ésta ante todo necesaria, y de un valor incomparable para obviar los obstáculos. la ciencia de un perfecto abandono de sí mismo; es decir, en la que se enseña al hombre a renunciarse de tal suerte que, sean cualesquiera las circunstancias en que el divino beneplácito se manifieste, se aplique tan sólo a permanecer siempre el mismo y tranquilo, renunciándose en la medida que permita la debilidad humana.

Sabemos en principio que el mal consiste en buscarse desordenadamente a sí mismos, y por consiguiente, en el orgullo y la sensualidad que resumen sus tan variadas formas. Mas, en realidad, estamos muy lejos de conocernos, y con frecuencia este mundo de pasiones, de debilidades, de perversas tendencias que bulle en nosotros, permanecería cubierto con un espeso velo y no llamaría nuestra atención, si la Providencia no viniera a abrirnos los ojos en tiempo oportuno por medio de una saludable humillación, o mediante unas pruebas sabiamente apropiadas.

Finalmente, el gran mal es el juicio propio y la voluntad propia; La Providencia vendrá a corregir estos errores o esta debilidad. “¡Ah!, mostradme, Señor, de antemano mis penas para que las conozca”, decía el beato Susón; y Dios le responde: “No, es preferible que no sepas nada”. En efecto, quiere mantenernos en una disposición constante para doblegar nuestro juicio e inmolar nuestra voluntad. Va, pues, a ocultarnos cuidadosamente sus intenciones, y muy frecuentemente irá contra nuestras previsiones y nuestras ideas; se opondrá directamente a nuestros gustos y a nuestras repugnancias. Si queremos prestar un poco de atención, observaremos que nunca Dios obra al azar: como verdadero Salvador, a la manera de médico tan enérgico como sabio y discreto, lleva el fuego y el hierro ora aquí, ora allá, por todas partes donde su ojo práctico vea faltas que expiar, defectos que corregir, un punto débil que fortificar. A pesar de los lamentos de la naturaleza, continuará El haciéndolo con misericordioso rigor por todo el tiempo que juzgue oportuno, para acabar de curarnos y para colmarnos de sus bienes.

Más éste viene a unir su acción poderosa a la de la obediencia, además de que responde a nuestras necesidades personales, llevando así nuestra penitencia a su última perfección.

No hay mayor ni más viva fe que la de creer que Dios dirige siempre admirablemente nuestros asuntos, cuando parece destruirnos y aniquilarnos. Admirable es la fe del alma que va por el camino del abandono a Él, a fin de aniquilar su propia voluntad. Si hay un camino en que se ejercite una fe viva, una confianza a toda prueba, es sin duda, el del abandono a la divina voluntad.

Otro tanto sucede con el amor divino. El santo acrecentamiento, ante todo, mediante un despego perfecto El Santo Abandono es quien termina de hacer el vacío en nuestra alma,

invadiéndole proporcionalmente el amor divino, y si no encuentra obstáculo, la llena, la gobierna, la transforma, reina en ella como dueño.

El que da a Dios su voluntad se da a sí mismo y da todo. Es también el amor más puro y más desinteresado.

Pudiéramos añadir que un alma, ejercitándose en el Santo Abandono, se forma al propio tiempo de la manera más acabada en todas las virtudes, pues encuentra a cada paso ocasión de practicar tanto la humildad como la obediencia, la paciencia o la pobreza, etc., y que el Santo Abandono eleva unas y otras a su más alta perfección. Más si el abandono perfecciona las virtudes, perfecciona también la unión del alma con Dios. Esta unión es aquí abajo la unión del espíritu por la fe, la unión del corazón por el amor; es más que nada la unión de la voluntad por la conformidad con la voluntad divina.

FRUTOS DEL SANTO ABANDONO

Los frutos del santo abandono son: la intimidad con Dios; la sencillez y libertad; la constancia y serenidad de ánimo; la paz y alegría; una santa muerte y valimiento cerca de Dios.

El primer fruto del Santo Abandono, fruto tan nutritivo como sabroso, es una deliciosa intimidad con Dios, fundada en una confianza llena de humildad.

“Yo amo a los que me aman”, nos dice la divina Sabiduría. Amemos a Dios y estaremos seguros de ser amados; amemos mucho y tendremos seguridad de ser amados sin medida. ¿No es por ventura verdadero amor el que se da, aquel sobre todo que se manifiesta por una perfecta obediencia y un filial abandono? Nuestro Señor es quien nos lo asegura: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos nuestra morada en él”. “Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”. La obediencia y el abandono nos asemejan, en efecto, a Aquel que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Su Santísima Madre se le parece y le es querida ante todo, no solamente por haberle llevado en sus entrañas, sino más aún porque escuchó mejor que nadie la divina palabra y la puso en práctica. Todos podemos adquirir este parentesco espiritual, este parecido con nuestro divino Hermano; y la semejanza irá acentuándose a medida que se avanza en el amor, la

obediencia y el abandono. Llegará por fin el día en que el alma, a costa de múltiples sacrificios -¡y qué sacrificios! -, no tendrá más que un mismo querer y no querer con Dios.

Segundo. Un alma es libre y desprendida en la proporción en que las pasiones están amortiguadas, domado el amor propio, pisoteado el orgullo. La mortificación interior comienza y prosigue esta liberación; mas, ya lo hemos visto, sólo el abandono la termina, porque sólo él nos establece plenamente en la indiferencia, sólo él nos enseña a no ver los bienes y los males sino en la voluntad de Dios, sólo él nos une a esta santa voluntad con todo el amor, con toda la confianza de que somos capaces.

El Abandono, en efecto, nos establece en una total indiferencia para todo lo que no es el divino beneplácito. Desde este momento, dice San Francisco de Sales, “con tal que se haga la voluntad de Dios, de nada más se cuida el espíritu”, y el corazón llega a ser libre. No le impacientan las cosas que van contra sus inclinaciones, pues en manera alguna se deja arrastrar de ellas, sólo desea cumplir la voluntad divina. La práctica del Santo Abandono le ha procurado, pues, la dichosa libertad de los hijos amados, es decir, un total desasimiento de su corazón para seguir la voluntad de Dios conocida.

La veleidad de espíritu y la inconstancia de la voluntad llenan el mundo para su vergüenza y desolación. San Francisco de Sales hace remontar el mal a esta única fuente: es que la mayor parte se dejan conducir por sus pasiones. No querrían hallar alguna dificultad, ninguna contradicción, ninguna pena; siendo así que, por el contrario, la inconstancia e inestabilidad caracterizan los sucesos de esta vida mortal.

Más, a medida que se avanza en la santa indiferencia y el abandono, se desprende uno de todas las cosas, y sólo a Dios busca en adelante. Se pone toda la confianza en este Padre que está en los Cielos, y se habitúa a rendirle una sumisión pronta y fiel. No se quiere ver las personas y los acontecimientos sino en Dios y en su voluntad tan sabia y santificante, y por el hecho mismo, cesa uno de estar a merced de sus pasiones tan mudables y de ser llevado a merced del viento como una paja al menor soplo de la tempestad. Se llega a ser firme en las ideas, estable en las resoluciones, perseverante en las empresas, siempre el mismo en la calma y en la

serenidad. Un hombre de tal índole, dice San Alfonso, “no se engríe por sus éxitos, no se abate por sus desgracias, bien persuadido de que todo viene de Dios. Teniendo a la voluntad de Dios por regla única de sus deseos, no hace sino lo que Dios quiere, y no quiere sino lo que Dios hace... Acepta con perfecta conformidad de voluntad todas las disposiciones de la Providencia, sin considerar si satisfacen o contrarían sus tendencias”.

Tercero. Las almas abandonadas han conseguido fundir su voluntad con la de Dios; y por consiguiente, nada las sobreviene contra sus deseos, nada hiere sus sentimientos, porque nada les acontece que ellas no lo quieran así. “A mi juicio -dice Salviano- nadie en el mundo es más feliz que estas almas. Son humilladas, despreciadas, pero es a su gusto, y ellas lo quieren; son pobres, más se complacen en su pobreza: por esto siempre están contentas”. “Sea lo que fuere lo que acontezca al justo -dice el Sabio- nada podrá contristarle”, ni alterar la paz y serenidad de su espíritu, porque ha puesto su confianza en Dios y de antemano acepta todo cuanto plazca al buen Maestro. Sin duda, no es esta la paz del cielo, sino la de aquí abajo, pues Dios no quiere sobre la tierra ni paz perfecta, ni felicidad durable; no podemos evitar la tribulación, y la cruz nos seguirá por todas partes. Más el Santo Abandono nos enseña la importante ciencia de la vida y el arte de ser felices en este mundo, que consiste en saber sufrir: ¡saber sufrir!, es decir, sufrir como conviene sufrir todo lo que Dios quiere, mientras Él lo quiere y como Él lo quiere, con espíritu de fe, con amor y confianza. Él nos enseña a reposar en los brazos de la cruz, por consiguiente, en los brazos de Jesús y sobre el corazón de Jesús. Allí se encuentra más que la paz, allí se saborea la alegría.

Cuarto. Una santa vida prepara una muerte santa, y en cierto modo la asegura. La perseverancia final es siempre la gracia de las gracias, el don gratuito por excelencia; más nada hay comparable al Santo Abandono para mover a nuestro Padre celestial a concedernos esta gracia decisiva.

La muerte nos arrebatará nuestros bienes y nuestra situación, nuestros parientes y hasta nuestro cuerpo. Cuando uno está bien afianzado en el Santo Abandono, ni siquiera llega a sentir esas crueles separaciones que desgarran el alma apegada a las cosas de este mundo.

Un alma que vive en el Santo Abandono triunfará de este temor. No descuida medio alguno de completar su preparación, más ante todo piensa en que va por fin a ver a su Padre, a su Amigo, a su Amado, a Aquel en quien ella ha puesto todas sus complacencias; ella ha vivido de amor y de confianza, muere en el amor y en la confianza. El que muere conformándose con la Divina Voluntad tiene una muerte santa, y el que muere en una mayor conformidad tiene una muerte más santa. Asegura el Padre Luis de Blossio “que en la muerte, un acto de perfecta conformidad nos preserva no tan sólo del infierno, sino que también del purgatorio”.